¡TAN FÁCIL!

Tuco

—Fácil, Tuco. Te digo que esto es lo más fácil que harás en tu pinche vida.

Tuco estudió la finca con ceño fruncido. La hierba, sin la mano amiga de un jardinero, invadía los caminos y el pequeño cenador acurrucado en una esquina. Los frutos de los mangos se pudrían contra las raíces de los árboles como niños decapitados de pesadillas goyescas. En algún lugar indefinido en la penumbra, la triste silueta de un pozo en ruinas naufragaba entre zarzas y maleza.

Todo evocaba vacío y desolación.

Todo evocaba muerte.

—Sí. Demasiado fácil. Tan fácil como una trampa.

—No hay trampas— Incapaz de contener su impaciencia, Chapo señaló la única ventana iluminada, un macilento resplandor difuminado en la mugre de los vidrios. —La vieja vive sola desde que murió el General, hace muchos años. Está como una cabra. Y guarda en casa todo el alpiste.

Tuco no dijo nada. Una mansión decrépita, erigida en tiempos de los españoles en la ladera de una colina solitaria. Aislada del pueblo y ajena al paso de los años. Sin vecinos. Sin perros. Sin alarmas.

Sin luz eléctrica.

Pero Tuco sabía que los golpes sencillos suelen complicarse.

—Dice mi *bróder* del banco que cuando se le fue la cabeza, la vieja sacó la plata. Y se la trajo toda. Mucha plata, Tuco. Mucha.

La luna encontró un resquicio entre las nubes, y su luz agonizante perfiló el edificio en tonos de negro y duda. Aquel esplendido palacete, por donde al albor del siglo XX desfilaron los más distinguidos próceres de la joven nación, parecía deshacerse entre los dedos de un tiempo a quien poco importan la épica y la gloria. En las paredes, la humedad dibujaba manchas irregulares cosidas de grietas y desconchones. La cubierta había perdido buena parte de las tejas, y por la guillotina de las ventanas se filtraba el viento gélido de una noche sin estrellas, una noche perfecta para los amigos de lo ajeno y los espectros renacidos de la tumba.

Pegados a la fachada, reptaron hasta alcanzar lo que fue una vidriera de colores desvaídos, un agujero de cristales rotos como una boca desdentada. Dentro, diluido entre las sombras, descubrieron un amplio salón amueblado con un par de sillas y una mesa apolillada. Una de sus puertas asomaba al vacío del largo corredor. A través de la otra se filtraba la claridad nerviosa de las velas. Agazapada contra el techo como una araña gigantesca, una lámpara inerte rielaba halos de demencia. Chapo le dio un codazo mientras exhibía la orfandad de sus encías.

—Te lo dije.

Desde la oscuridad les llegó el quejumbroso lamento de la tarima bajo el peso de quien arrastraba tras sus pasos quintales de edad y penas. Una octogenaria de

huesos esculpidos bajo la piel traslucida, el cabello blanco derramado sobre los lamparones de un largo camisón, atravesó el salón envuelta en la luz fantasmagórica de un candil herrumbroso. Despacio, como si cada movimiento precisara de toda su voluntad, buscó la segunda de las puertas y desapareció en las tinieblas del pasillo.

Una mirada les bastó para reafirmarse en un valor voluble hasta ese instante.

—La vieja se fue p´allá. ¿Qué hacemos? ¿Buscamos la guita o le preguntamos dónde la guarda?

En la sonrisa de Chapo había algo turbio, siniestro como el fluir del agua en los manglares donde mora la anaconda. Por un momento, la tentación de abandonar, de regresar al calor de su champita, asaltó a Tuco con la fuerza de una premonición. Pero ya estaban dentro. No sería él quien retrocediera.

—Mejor preguntar. Esto es muy grande.

Chapo estuvo de acuerdo. Así que, acuclillados sobre el esqueleto carcomido de la tarima, siguieron su estela hasta el único aposento iluminado.

Se trataba de una estancia pequeña, sin ventanas ni más accesos que la puerta por donde se colaron sin hacer ruido. Dentro, una irregular línea de cirios iluminaba un altar tapizado en terciopelo carmesí. Ocupando el total de la pared, el adusto retrato de un militar les contemplaba con desprecio de aristócrata y años de polvo esparcidos sobre el marco. Las botas de lancero, la pléyade de condecoraciones adheridas a su pecho como pequeños parásitos lustrosos, el gesto marcial de los labios apretados, evocaban batallas de otros tiempos, héroes olvidados entre independencia y

revolución. El sable que empuñaba despedía reflejos de plata y locura, y la banda tricolor se les antojó el pellejo roído de un yacaré. Arrodillada frente al cuadro, completamente desnuda, una muchacha de larga melena castaña, nalgas redondeadas y piel morena, rezaba en voz tan baja que a sus oídos apenas llegó un rumor ininteligible. Sobre la alfombra, un viejo camisón lleno de lamparones ponía un contrapunto macabro a su belleza.

—Vámonos de aquí.

Chapo le dedicó un gesto tan despectivo que la humillación tiñó su rostro de vergüenza.

— ¿Estás loco, o qué? Ahorita, no más, comienza lo bueno.

Sí. Quizá sí. Pero a Tuco le resultaba imposible sustraerse a la comezón que, como una alimaña, mordisqueaba sus tripas y cordura.

Ella, ajena a la presencia de los hombres, encendió otra candela. El cabello resplandecía bajo el resplandor engañoso de la llama, y en sus mejillas arreboladas brillaba el deseo feroz de la adolescencia. Estaba sola en la habitación, sola en la gigantesca mansión muda de siglos idos.

¡Tan fácil!

Chapo fue incapaz de esperar más. Movido por la fe animal de sus instintos, la derribó sobre el parqué, ahogó sus alaridos con una mano y la inmovilizó con la otra mientras lanzaba a Tuco una mirada retadora.

—Vamos, compadre. Enséñale lo que vale un macho bien armado.

Tuco se demoró todavía unos segundos. Algo extraño flotaba en el ambiente, algo fétido que ni el denso olor a cera conseguía disimular. Sabía que era imposible; que la anciana no pudo desvanecerse como humo entre la niebla, que no huyó por salidas que no había, ni se encogió en escondites imposibles. Tragó saliva, y lágrimas de plomo fundido abrasaron su garganta. Pero no iba a permitir que Chapo dudara de su hombría. Tratando de no pensar, se agachó y la asió por los tobillos. Ella, paralizada de terror o resignación, no hizo ademán de defenderse. Aturdido por la sensación de que no debería estar allí, de que apropiarse de ese cuerpo, tan bello como indefenso, no le proporcionaría el placer intuido en sus caderas, Tuco comenzó a desabrocharse el cinturón.

—Sí, señor. Ése es mi *bróder*. Y cuando termines…

Un golpe seco, algo semejante a un estertor, y la cabeza de Chapo rodó sobre los muslos encogidos de la joven. La sangre que salpicó el rostro de Tuco trazó sobre su pecho el sendero efímero de su porvenir. Aún tuvo tiempo, apenas un segundo de lucidez, para comprender la razón de la repentina sonrisa de la mujer, una mueca voraz de labios negrecidos y dientes afilados como cuchillas. Incluso llegó a intuir la procedencia del hedor a carne corrompida que flotaba a ras de suelo. Pero fue solo un segundo, el tiempo que tardó un tipo surgido de la nada, un adusto militar uniformado con ropajes de ejércitos desaparecidos entre independencia y revolución, en cercenarle el cuello con su sable.